

843  
5.

PQ 2235

. D6

A8



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE MARIANO GALVE, AVIÑO, 48.—BARCELONA



# ARIADNA

I

La primera clase estaba sumida en las dulzuras del estudio, como también lo estaba el instituto entero. El pesado sol de Agosto brillaba sobre los techos de palastro verde y se reflejaba en las vidrieras de las inmensas ventanas á medio cerrar; un soplo de tempestad zumbaba á lo lejos llegando por bocanadas, y el profesor detallaba las causas de la decadencia de la casa de Austria á las alumnas medio dormidas. Las tres primeras de la clase, las más inteligentes, que eran las predilectas del maestro, garrapateaban con asiduidad los emborronados cuadernos que debían valerles notas brillantes en los exámenes de fin de año, que precedían á su salida del instituto, y, por consecuencia, á su regreso al lado de la familia. La señora encargada de la primera clase, vieja pedante y estirada, continuaba haciendo al *crochet* un interminable cubrepies, cuyo principio nadie había visto en el estable-

UNIVERSIDAD DE NUESTRO SEÑOR  
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, AGUILAR

cimiento, y, de vez en cuando, su mirada vigilante y sospechosa recorría las filas de su juvenil rebaño.

De repente, en medio de aquella soñolencia, correcta y rutinaria, sucedió un acontecimiento extraordinario, del cual nunca habían sido testigos las paredes del instituto de señoritas colocado bajo el patronato de S. A. I. la gran duquesa de X... El profesor se quedó con la boca abierta, las alumnas prorrumpieron en risa, y la señora encargada de la clase se irguió por entero, sorprendida é indignada... mientras que las últimas vibraciones de una escala cromática filada con exquisita dulzura, por magnífica voz de contralto, iban á extinguirse sobre los mapas murales que se estremecían de indignación entre sus filetes de madera pintada de negro.

—¡Ranine!—gritó la señora encargada de la clase.

La joven así interpelada por su nombre patronímico, según costumbre de los institutos, permanecía de pie, con la cabeza baja, pronta á recibir su reprimenda.

—Venga usted aquí, Ranine—dijo la señora, con el dedo índice amenazador indicando la silla de madera barnizada donde permanecía asombrado el profesor, aun mal repuesto de su estupefacción,—venga usted aquí y dé sus explicaciones al señor profesor.

La delincuente se iba acercando muy despacio, con la cabeza baja, aplastada, por decirlo así, bajo el peso, no de su vergüenza, y si de su opulenta cabellera de un rubio claro, de reflejos tan dorados como las espigas de la mies.

—¿Por qué se permite usted cantar durante la hora de la lección?—preguntó la señora sin esperar á que la culpable hubiese llegado á su lado.

Esta dió dos pasos más, se detuvo ante la silla, levantó con timidez sus ojos de un gris oscuro sobre el profesor, y sin responder directamente dijo con su magnífica voz de contralto:

—Caballero, le suplico, le suplico sinceramente que admita mis excusas. No quería interrumpir la lección, no lo he hecho á propósito.

La clase entera había escuchado el final de esta frase con el maligno recogimiento del que aguarda —recogimiento con el que no puede compararse nada.—La última palabra provocó una tempestad de risa loca, felizmente contenida por la presencia de la terrible señora encargada de la clase.

—¡Cómo! ¡no ha sido á propósito!—exclamó la señora en el colmo de la indignación.—¿Es que puede ocurrir que no se cante expresamente? Usted se burla de sus superiores. Ranine, esto le costará caro.

La joven movió ligeramente sus desnudos hombros, que encuadraban á maravilla en el traje oscuro muy escotado, uniforme de los institutos de Rusia.

—No he podido evitarlo—dijo,—siento, señorita y señor, haber producido un escándalo, pero no es culpa mía; cuando tengo deseos de cantar, me causa daño aquí—y se llevó la mano á su cuello redondo y blanco como la crema—y es preciso que cante; si no lo hago, me ahogo.

El profesor, cada vez más asombrado, miró á la

señora encargada de la clase, como para asegurarse de la lucidez de espíritu de la señorita Ranine; pero la señora había ocultado heroicamente en el pecho su ovillo de algodón, indicio de sus mayores cóleras, y había cruzado los brazos por encima de su cubrepies.

—Está bien, señorita, ya hablaremos de eso—repuso con entonación majestuosa. Vuelva usted á su sitio.

Ariadna Ranine regresó á su puesto, la última y la más mala; á su paso recogió multitud de caritativos retruécanos.

—Decía, pues, señoritas—prosiguió el profesor ajustando á su chata nariz unos quevedos recalci-trantes,—que entre las causas de la decadencia de la casa de Austria, hay que colocar en primer término...

Pero aquella escala cromática, inopinadamente aparecida en medio de las desgracias de la casa de Austria, le había perturbado tanto, que olvidó dos causas importantes de aquella fatal decadencia; lo notó, tartamudeó una lección deplorable y puso un cero á la señorita Ranine—pues el cero y *muy mal* son la misma cosa.—La pobre joven no había abierto la boca, excepto para cantar.

## II

Concluída la lección, la clase entera se lanzó á los vastos corredores que sirven de paseos, y, naturalmente, la escala cromática fué objeto de todas las conversaciones. Ariadna, por primera vez desde hacía siete años que estaba en el instituto, se vió rodeada y asediada á preguntas.

—¿Por qué has cantado? ¿Querías burlarte, di? ¿Es que habías apostado á que cantarías?

—No—repuso una morena alta, de ojos negros y burlones,—ha sido para seducir al profesor con los acentos encantadores de su voz.

Ariadna movió negativamente la cabeza.

—No he querido seducir á nadie; sé muy bien que nada tengo seductor, pero me gusta cantar, me produce bien y cuando el deseo me incita es más fuerte que yo, es preciso que cante.

—¡Que pretenciosa!—exclamaban á coro las caritativas compañeras.—Tú sabes que esto no puede quedar así. La Grabinof ha ido á darle cuenta á la señora inspectora: ¡ya puedes prepararte á ser enviada á casa de la señora directora! ¡Tal vez te despidan!

—¡Nada temo!—repuso la joven con su estoica in-

diferencia.—¡Me despedirán si quieren, no las puedo obligar á tenerme aquí!

Desde el momento en que no hubo motín, ni habían tomado parte en lo ocurrido, Ariadna Ranine no era interesante para sus compañeras. La volvieron la espalda y muy pronto volvió la joven á encontrarse en su aislamiento habitual.

Durante aquel tiempo la Grabinof, como con irreverencia decían las señoritas del instituto, había ido á llevar el *cuento*—cosa que en las casas de educación se llama dar un informe.—La señora inspectora, después de haberse indignado de una manera conveniente, tomó con resolución el camino de las habitaciones de la directora. Tenía la Grabinof las piernas hinchadas: algunas decían que la naturaleza se vengaba así de la tortura de los brodequines á la que tenía la buena señora sometidos sus pies desde la más tierna infancia.

La gran duquesa protectora titular del instituto de N... estaba representada, con mucho detrimento suyo, por la señora Batourof, viuda de un general ayudante de campo del emperador, muerto á su servicio á consecuencia de heridas que recibió. Estos títulos, al reconocimiento del soberano, habían valido á la viuda la plaza eminentemente envidiable y envidiada de directora de uno de los mejores institutos de Rusia.

Aquel cargo no solamente era honorífico, reportaba también muy buenos emolumentos: un alojamiento magnífico en el centro de la ciudad, coche y caballos mantenidos á costa del Estado; además la manutención, leña, aceite, el servicio constante y

gratuito, por completo, de numerosos criados, bastante pagada, además de lo que podía rapiñar para no regatear los mezquinos sueldos que da el gobierno. Además, la directora tenía el derecho de inspección y de revisión absoluto y sin apelación en las cuentas presentadas cada mes por el administrador del establecimiento... *¡Homni soit qui mal y pense!* Por otra parte, hacía ventisiete años que administraba el instituto—los administradores no tenían la vida tan dura y durante aquel tiempo habían muerto algunos,—y desde hacía veinticinco años, nunca este funcionario y la directora discreparon en lo más mínimo, estando siempre á partir un piñón. La directora, careciendo de toda fortuna personal, había educado, dotado y casado tres hijas; cuatro hijos ingresaron en el servicio militar; preciso es creer que le costaban bastante, pues cada uno tenía caballos y equipos; la numerosa nidada de hijos se colocó de un modo conveniente. ¿Qué mal había en ello?

A decir verdad, nadie hubiese podido encontrar un reverso á tan brillante cuadro. Las señoritas del instituto eran todas de buena familia, casi todas colocadas en el establecimiento por la munificencia imperial, ó cuando menos admitidas por alta recomendación, en cambio de una hermosa y buena pensión; aquellas jóvenes debían haber contraído en el regazo maternal los hábitos de golosinería y glotonería más refinados, pues se las oía quejar con muchísima frecuencia de la mala calidad y mezquindad de los alimentos.

Se las llevaba sonrosadas y rollizas, siete ú ocho años antes, pues la regla del establecimiento las

prohibía volver al lado de su familia durante las vacaciones, y se las devolvía á las admiradas madres, flacas, marchitas, anémicas, dotadas de extraños gustos por la col ó las peladuras de cohombros.

—Son excesos del mucho estudiar—decían las señoras encargadas de clase sonriéndose;—¡esas niñas queridas han trabajado tanto para hacer unos exámenes brillantes! ¡Han agotado sus fuerzas!

En realidad, las jóvenes no habían trabajado ni más ni menos que otras; pero comieron tan poco durante la época de su desarrollo físico, que dos ó tres años no eran siempre suficientes para hacer desaparecer los tintes de cera y las ojeras de las jóvenes *colegialas*. Por el contrario, la Providencia había tendido visiblemente su mano protectora sobre la familia de la señora directora: once nietos mofletudos y rollizos venían los domingos á prestarla sus homenajes y á sentarse á su mesa servida con suntuosidad.

La Grabinof y la inspectora hallaron á la señora directora en su gabinete, en el puesto desde donde hacía veintisiete años escuchaba las quejas de sus subordinadas. La misma placidez reinaba en su semblante regordete en el que la astucia había trazado un círculo de finas arrugas en torno de los ojos; la mirada tenía esa expresión invariable de benevolencia banal y cariñosa, tras la cual, sin profundizar mucho, se hallaba la indiferencia más fría: el más espantoso cinismo del *yo*; pero entre los que tenían el honor de frecuentar el trato de la señora directora, bien pocos eran capaces de descifrar su mirada, y menos aún se hubieran atrevido á hacerlo.

—¡Y bien! querida mía, ¿qué me quiere usted?—dijo la señora Batourof con su voz tartajosa y un poco ronca, tan pronto como vió á la Grabinof.—¿Qué noticias hay de nuestra primera clase?

El círculo de señoras encargadas de clase en trajes azules que rodeaba el sillón de la directora, se entreabrió para dejar pasar á la recién llegada y se cerró tras ella.

—Un incidente vergonzoso ha ocurrido esta mañana durante la lección de Historia. Ranine se ha puesto á cantar de repente. ¡Juzgue que escándalo, excelencia! ¡Eso es inaudito!

Un murmullo de horror respetuosamente contenido por la augusta presencia de la directora, acogió esta extraña noticia.

—Pues, siéntese usted, querida mía—dijo la señora Batourof, indicando entonces solemnemente un asiento á la inspectora, que sufría el martirio de sus pies hinchados y oprimidos.

—¿Ha cantado?—repuso dirigiéndose á la Grabinof.—¿Y qué es lo que ha cantado? ¿Palabras inconvenientes?

—No, excelencia, únicamente una escala.

La concurrencia en traje azul, todas de pie, cubiertas con gorros de cintas azules, levantaron los ojos al cielo. El cielo no parecía estremecerse.

—¿Una escala?—repuso la directora.—¿Una simple escala?

—Cromática, excelencia—rectificó la Grabinof.

Las manos de las encargadas de clase se levantaron casi todas de común acuerdo hacia los astros ausentes, luego cayeron con expresión desesperada.

—¿Qué disculpa da?—preguntó la directora después de haber reflexionado un momento.

—Dice que no es culpa suya, que es una impulsión irresistible la que la obliga á cantar... es una alumna muy mala, excelencia.

—Sí, ya lo sé—dijo la excelencia con lentitud, reflexionando;—una joven huérfana, sin familia, sin aptitudes... ¿Es hermosa, rubia?

—Sí, excelencia, rubia; pero hermosa... no lo sé, yo no la hallo hermosa; en la primera clase tenemos señoritas que verdaderamente son bellezas de primer orden: Rozof, Naoumof, Orlina...

—Sí, ya lo sé—interrumpió la directora con cáustica sonrisa,—las representantes de nuestras más encumbradas familias, son perfectas bellezas; pero entre las señoritas pobres, también las hay muy hermosas. Hasta también es bueno que las haya. Ranine es linda. ¿Tiene una soberbia voz?

—Sí, excelencia—dijo con adulación la Grabinof, no atreviéndose á contradecir.

—¿Canta en la capilla y toma parte en lecciones de canto?

—Sí, excelencia.

La señora Batourof reflexionó un instante, luego despidiendo con un gesto á la señora encargada de clase, balbució:

—Enviémela usted después del te; quiero hablarle.

La Grabinof salió; si una expresión semejante no está en absoluto borrada del lenguaje comedido, diremos que estaba completamente embarazada.

## III

Ariadna hallábase sumida en meditaciones, ó por mejor decir no pensaba en nada, esperando un arresto que no podía faltar: los castigos no la daban miedo; los había probado todos y no los halló del todo malos. Algunos trabajos más, reprimendas, algunos recreos menos, todo eso importaba muy poco á su carácter perezoso. Ariadna era lo que se llama una mala discípula; no la gustaba la ciencia ni por sí misma ni por las ventajas que pudiese reportarla. Al ver que las recompensas iban á parar siempre sobre las cabezas privilegiadas de las elegidas de la fortuna y el nacimiento, miró con desdén la labor de sus compañeras de rango más humilde que trabajaban para aprender. En todo el instituto, Ariadna era la más pobre y la más obscura; no es, pues, asombroso que no hiciese aprecio de las ventajas que proporciona la instrucción. Para ella, la instrucción no podía, no debía tener más que espinas.

En el mundo no la gustaban más que dos cosas: la lección de canto y la permanencia en la capilla del instituto. La lección también tenía sus contrariedades, pero por parcial que fuese la maestra, no podía evitar hacer justicia á su magnífica voz, al